

EFRÉN HERNÁNDEZ

Obras completas I



LETRAS MEXICANAS

Obras completas

EFRÉN HERNÁNDEZ

Obras completas

I

POESÍA/CUENTO/NOVELA

Edición y prólogo
ALEJANDRO TOLEDO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2007

Hernández, Efrén

Obras completas, I. Poesía, cuento, novela / Efrén Hernández ;
ed. y pról. Alejandro Toledo. — México : FCE, 2007

488 p. ; 23 × 17 cm — (Colec. Letras Mexicanas)

ISBN 978-968-16-7901-9 (tomo I) (rústica)

ISBN 978-968-16-8319-1 (tomo I) (empastado)

ISBN 978-968-16-7900-2 (obra completa)

1. Poesía mexicana 2. Cuento mexicano 3. Novela mexicana
4. Literatura mexicana — Siglo XX I. Toledo, Alejandro, ed.
II. Ser. III. t.

LC PQ7297

Dewey M868 H769o

Distribución mundial

Comentarios y sugerencias:

editorial@fondodeculturaeconomica.com

www.fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55)5227-4672 Fax (55)5227-4694



Empresa certificada ISO 9001:2000

Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar

D. R. © 2007, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento por escrito del editor.

ISBN 978-968-16-7901-9 (tomo I) (rústica)

ISBN 978-968-16-8319-1 (tomo I) (empastado)

ISBN 978-968-16-7900-2 (obra completa)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

SUMARIO

Prólogo • 9

Ficha biográfica • 19

Poesía • 21

Cuento • 117

Novela • 271

Prólogo

Los contemporáneos de Efrén Hernández (1904-1958) podrían haberlo descrito con las palabras que Rubén Darío aplica a san Francisco de Asís: “mínimo y dulce”. Atento a su extravagancia, Salvador Novo se acuerda que remendaba sus anteojos con cinta de aislar. Salazar Mallén habla de una figura “desmadrada y ruin”; José de la Colina, de un señor de sombrero y aspecto de gorrión flaco; y Alí Chumacero lo retrata como “extravagante en el vestir y malicioso como pocos”. Octavio Paz dice haberlo encontrado, hacia 1931, en el departamento editorial de la Secretaría de Educación Pública junto a Xavier Villaurrutia, ambos delgados, frágiles y bajos de estatura: “Ahí terminaba su parecido. Efrén Hernández asomaba entre los papeles y libros de su enorme escritorio una sonriente cara de roedor asustado. Detrás de los espejuelos acechaban unos ojos vivos, irónicos. Vestía como un escribiente de notaría. Tenía una vocecita cascada y que de pronto se volvía aguda y metálica, como el chirrido de un tren de juguete al dar la vuelta en una curva. Era el personaje de sus cuentos: inteligente, tímido, reticente, perdido en circunloquios que desembocaban en paradojas, falsamente modesto, extravagante y, más que distraído, abstraído, girando en torno a una evidencia escondida pero cuya aparición era inminente”.

Hernández parece estar pensando en sí mismo cuando, en el relato “Unos cuantos tomates en una repisita”, se refiere al semblante de Serenín Urtusástegui como “el de un distraído, el de un bobalicón, el de uno que no se da cuenta de nada”; o también como “uno de esos tipos que se ven débiles”, y “de quienes se juraría que no entienden de cosas hondas, hasta que, de repente, aparece en las librerías un tratado de metafísica, o una novela cautivadora por sus acertadas y profundas aseveraciones, bajo el rubro de su nombre”.

Se le mira también, y de modo distinto (no de arriba abajo), como lo plasma Juan Rulfo en aquella famosa fotografía en donde Efrén Hernández está como subido a una roca y se asemeja a un gigante. Una imagen similar surge de

un recuerdo que pertenece a Antonio Millán Orozco, hijo del poeta Marco Antonio Millán (que en los años cuarenta y cincuenta editó con Hernández la revista *América*). Acompaña Toño Millán a su padre y a los amigos literatos de éste en un viaje en tranvía por el centro de la ciudad de México; tendrá unos cinco o seis años de edad y sufre por el zarandeo del transporte. Lo descubre Efrén Hernández, que va con el grupo, en esa tarea de mal aprendiz de funámbulo y le ofrece que se tome de su cinturón para no caerse. El niño acepta enseguida la generosa oferta y hace el resto del viaje sin angustia por esa protección que le da el escritor.

EL CUENTO “TACHAS” (1928) es el comienzo pero también la síntesis suprema, pues ahí está ya su *ars poética*: lo que era entonces y lo que siguió siendo siempre. En este primer texto publicado llaman la atención varios asuntos. Uno es, apenas en la tercera línea, ese “pero yo estaba pensando en muchas cosas” que terminará por cifrar a la mayor parte de los personajes de Efrén Hernández como sujetos pensantes o divagantes. En “Carta tal vez de más”, un relato posterior, el protagonista imagina que un empresario de circo lo podría contratar para exhibirlo en compañía de otras rarezas: el mono que toca el violín, el asno que sabe leer y *la cosa que piensa*. Así son los seres que habitan las narraciones de Efrén Hernández: cosas o seres que piensan y que en su pensar, generalmente nocturno, llegan a construir paisajes extraordinarios, castillos en el aire a un tiempo sólidos y ondeantes.

Piénsese en el verbo *pensar* menos como un desarrollo lógico expositivo, encadenamiento de ideas, que como un fantaseo, un discurrir de la mente por pasajes no tortuosos sino múltiples. Se pregunta el estudiante de “Tachas”: “¿quién es aquel que atinó con su verdadero camino? ¿Quién es aquel que está seguro de no haberse equivocado?” Y lleva esto a la siguiente reflexión: “En lo ancho de la vida van formando numerosos cruzamientos los senderos. ¿Por cuál dirigiremos nuestros pasos? ¿Entre estos veinte, entre estos treinta, entre estos mil caminos, cuál será aquel, que una vez seguido, no nos deje el temor de haber errado?”

Amplios son, entonces, los caminos de Efrén Hernández. El estudiante de “Tachas” termina por simpatizar con Don Quijote, que soltaba las riendas de Rocinante e “iba más tranquilo y seguro que nosotros”, y suelta él mismo (el estudiante) su imaginación, cuando debía estar concentrado en la cátedra

de procedimientos que imparte en la Facultad de Derecho el paciente maestro Orteguita, el cual pregunta: “¿Qué cosa son tachas?” Aquél no sabe responderle porque anda en las nubes.

En cuanto a esto de no confiar en los caminos rectos Efrén Hernández está muy cerca de Laurence Sterne, el autor del *Tristram Shandy* (1760-1767), lector devotísimo de Cervantes pero que no piensa en caballos sino en mulas a la hora de hablar de sus procedimientos narrativos. Sterne califica como imposible que un historiógrafo pueda conducir su historia como un mulero conduce a su mula, en línea recta y siempre hacia delante, porque “si es un hombre con un mínimo de espíritu, se encontrará en la obligación, durante su marcha, de desviarse cincuenta veces de la línea recta para unirse a este o a aquel grupo, y de ninguna manera lo podrá evitar”. Se le ofrecerán, dice, vistas y perspectivas que perpetuamente reclamarán su atención.

Por tal motivo Sterne se ufana de que la maquinaria de su obra es muy especial, por no decir única en su género, pues se han introducido en ella dos movimientos contrarios, que se pensaba en discordia el uno con el otro, y se les ha reconciliado. “En una palabra, mi obra es digresiva, y también progresiva —y es ambas cosas a la vez.”

Efrén Hernández habría estado de acuerdo con Sterne en lo anterior y en lo que sigue: en que las digresiones son como el resplandor del sol; son la vida, el alma de la lectura. Y le habría soltado las riendas tanto a Rocinante como a la mula del mulero, como de hecho lo puso en práctica, a partir de “Tachas”, a su trabajo narrativo, que podría ser descrito aquí como esencialmente digresivo pero también progresivo.

LA TERCERA LÍNEA del relato “Tachas”, ese “pero yo estaba pensando en muchas cosas”, da muchas cosas que pensar. Más adelante hay un párrafo que recuerda a otro escritor afín a Efrén Hernández, que tiene su mismo apellido pero no su nombre; es uruguayo y se llama Felisberto Hernández, y son prácticamente contemporáneos: uno, Felisberto, nace en 1902 y el otro, Efrén, en 1904; uno, Efrén, muere en 1958, y el otro, Felisberto, en 1964. Italo Calvino dijo de Felisberto Hernández que no se parecía a nadie, pero sí se parece a Efrén Hernández: comparten, entre otras cosas, sus rarezas.

El párrafo del cuento que remite a Felisberto Hernández es aquel en que la palabrita extraña (“tachas”, precisamente) se mete en los oídos del estu-

dianate como un ratón en su agujero y se queda en él, agazapada. Después entra un silencio caminando en las puntitas de los pies, un silencio que, como todos los silencios, no hace ruido.

El silencio camina de puntas y una palabra se vuelve roedor. En los relatos de Felisberto Hernández hay un uso similar de la metáfora. En “El balcón”, por ejemplo (del conjunto *Nadie encendía las lámparas*, de 1947), también el silencio se transforma. El narrador es un pianista que ofrece un concierto en un teatro semivacío. Se lee: “Al silencio le gustaba escuchar la música; oía hasta la última resonancia y después se quedaba pensando en lo que había escuchado. Sus opiniones tardaban. Pero cuando el silencio ya era de confianza, intervenía en la música: pasaba entre los sonidos como un gato con su gran cola negra y los dejaba llenos de intenciones”.

(Dirá también Efrén Hernández que “el silencio era una cosa que caía, que colgaba como una cabellera de seda resbalando en los hombros de la noche de luna”.)

Habría innumerables ejemplos, en uno y otro, donde el juego metafórico es llevado a sus últimas consecuencias. En el relato “Úrsula” parte Felisberto Hernández de esta premisa: “Úrsula era callada como una vaca”. En el cuento “Santa Teresa”, de Efrén Hernández, el protagonista lee en un libro la frase siguiente: “Algunos hombres se parecen a los gatos, en que por las noches vagan en las azoteas”. En el caso del narrador uruguayo, en el acercamiento con la robusta dama Úrsula va operando esa mudanza primero intuitiva; en la última escena, Úrsula y una vaca caminan juntas: “Las dos iban sacudiendo sus cuerpos hacia un portoncito del fondo; y yo las miré hasta que una salió y la otra cerró el portón”.

En “Santa Teresa” pasa igual. Si el protagonista descrece en un principio que algunos hombres sean como los gatos, luego se encontrará en la situación de verse frente a un ratoncito que ronda por su cama. Se queda quieto el hombre; y luego, salta: “¡Ushia! Ratón”. Se da cuenta, entonces, del gato en el que se convirtió por un instante y que hizo incluso “miau” con el pensamiento.

Tanto en el uruguayo como en el mexicano, la metáfora tiende a volverse metamorfosis, con lo que ambos ponen un pie en lo fantástico.

Otras coincidencias: tanto Felisberto como Efrén Hernández suelen partir de situaciones de su biografía para dar contexto a las ficciones. En un caso es el pianista que va recorriendo la provincia para ofrecer sus conciertos; en el otro está el hombre pobrísimo que fantasea en la soledad de un cuarto de

alquiler. Además, la tía Lina de esa novela de iniciación amorosa que es *La paloma, el sótano y la torre* (1949), de Efrén, tiene su contraparte en la maestra de piano Celina de *El caballo perdido* (1943), de Felisberto; y ambos textos comparten ese asombro infantil ante el misterio femenino.

Si los raros (como los nombra Rubén Darío) son muy raros, más raro aún es que los raros se parezcan. Y estos dos tienen muchas afinidades. Pero no están solos. Alguien más podría hacerles compañía.

HAY QUE VOLVER a “Tachas”. En el párrafo 24 el estudiante recuerda a Imelda, la muchacha que vende cigarros Elegantes y Monarcas, chicles, chocolates y cerillas, en el estancillo de la esquina. De aquí, por absurdo que parezca en un inicio, destacan los cigarros Elegantes, porque surge ahí una conexión no inmediata pero sí real con Francisco Tario, narrador mexicano nacido en 1911 y muerto en 1977, es decir, perteneciente a una generación posterior a la de Efrén y Felisberto Hernández.

Tario fue futbolista, portero del Club Asturias, y una fotografía suya, en un sorprendente vuelo de arquero, aparecía impresa en las cajetillas de cigarros Elegantes. Podría decirse, entonces, que desde ahí Tario se asoma al cuento de Efrén Hernández. En 1943 Francisco Tario publica la novela *Aquí abajo*, que es excepcional en su obra por su crudeza tremebunda (pues asume luego lo fantástico como la columna vertebral de su escritura), y que ocurre entre Peralvillo y el Zócalo de la ciudad de México, un espacio habitual para los personajes de Efrén Hernández.

En los cuentos de Tario la relación con los objetos es peculiar. Si Efrén Hernández cree que hay sombreros pesados y apacibles, en los relatos de *La noche* (1943) Tario otorga la voz narrativa a un traje gris que se rebela ante su circunstancia. Igualmente presenta los testimonios de féretros, animales, muñecos y buques naufragos... Ambas obras son notables entre otras cosas porque se mueven en ambientes alejados del realismo que entonces imperaba, y para las cuales la gran Historia, la historia patria, apenas es tomada en cuenta. (Llama la atención que en el relato “Unos cuantos tomates en una repisita” Serenín sale a la calle y se entera de la muerte de Álvaro Obregón, presidente electo —asesinado por José de León Toral el 17 de julio de 1928—, pero él anda más preocupado por ese otro rumor que ha corrido por el vecindario: de que él, Serenín Urtusástegui, reza el padrenuestro a unos tomates.)

La ecuación está ahí. Tanto los dos Hernández (Efrén y Felisberto) como Francisco Tario comparten un destino marginal, una vocación a la rareza. En cuanto a Efrén y Felisberto, hay una distancia geográfica que hizo imposible el acercamiento. Y en lo que respecta a Efrén Hernández y Tario, convivieron en la misma ciudad sin que haya noticia de que se hubieran encontrado o leído. Acaso uno de ellos vio la fotografía del otro, disfrazado de portero, en los cigarrillos Elegantes.

Pero igual que se pueden marcar las semejanzas, podrían señalarse las diferencias. Y habría muchos desencuentros entre los Hernández y Francisco Tario. Aunque se detenga uno en los puntos coincidentes, sus obras no poseen el mismo tono, el cual es marcado por el estilo personal y por los caminos tan diversos que tomaron sus búsquedas. Tanto tienen en común, que es fácil y arduo a un tiempo distinguirlos.

En “Tachas”, Efrén Hernández plantea de este modo su singularidad: “Tal vez porque estamos en un mundo en que todo es absurdo, lo absurdo parece natural y lo natural parece absurdo. Y yo soy así, me parece natural ser como soy. Para los otros no, para los otros soy extravagante”.

Y en eso se parecen los dos Hernández (Efrén y Felisberto) y Francisco Tario: en que a los ojos del mundo son extravagantes.

“EL HABITANTE del universo de Efrén es un inocente”, escribió Rosario Castellanos. “No adquiere nunca un empaque de seriedad, no se hace responsable de lo que le rodea, no se adapta a las circunstancias y, menos aún, las domina; no triunfa sobre los otros. Inerme, vaga por habitaciones ruinosas o por solitarias calles nocturnas. Es pobre, como conviene a su falta de sentido práctico; es desdeñado, como cuadra a su falta de agresividad y de orgullo, a su insignificancia social. Pero si no inspira respeto tampoco solicita nuestra compasión ni despierta nuestra burla. Porque está lleno de una malicia finísima, porque él se adelanta a reírse de sí mismo, primero, y luego de nosotros.”

La distracción parece fundamental en el orbe creado por Efrén Hernández, lo que implica para sus personajes distanciarse de la realidad más inmediata. Desde el primer cuento encontramos dicha estrategia, planteada incluso de un modo caricaturesco. Si el profesor pregunta: “¿Qué son tachas?”, a la espera de que se defina esta palabra en términos jurídicos (como falta o defecto, habría que suponer), se topará con alguien que tiene la mente en otro lado, y

la respuesta por disparatada causará risas entre los compañeros de clase. “Todos se rieron”, cuenta el narrador, “menos el Tlacuache y yo que no somos de este mundo.” (El Tlacuache, cabe aclarar, es el apodo de César Garizurieta, amigo del escritor.)

En “Santa Teresa”, el protagonista se entretiene observando los objetos de un cuarto; en “Un escritor muy bien agradecido”, un muchacho en malas condiciones económicas realiza paseos nocturnos por el centro de la ciudad de México para espantar el hambre; en “El sillón de palo”, un paralítico imagina, o recuerda, su vida en movimiento; en “Un clavito en el aire” se vuelve a la contemplación de un espacio cerrado... La distracción tiene su precio, pues estos seres alucinados se mueven bien en la fantasía, ejecutando sofisticadas maromas con el pensamiento, pero mal en la realidad, en la vida práctica, en donde sufren incontables tribulaciones.

Distraerse implica volverse hacia otra parte, dejar que la memoria vague o simplemente cerrar los párpados para que la lógica temporal se interrumpa por segundos... Es, también, una renuncia a lo “normal”. En Efrén Hernández la distracción crea nuevas formas de observar la realidad pues la desajusta de tal modo que ésta se convierte, recompuesta por estos seres imaginativos, en un umbral hacia lo profundo. Mirar, entonces, no es como ver: “Ver es dejar que la luz obre sobre el dispositivo de los ojos. El que abre los ojos, el que no se los tapa, ése es el que ve. Mirar, en cambio, es entregarse por medio del sentido de los ojos, es polarizar las potencias del ser hacia el objeto que capturan los ojos [...] Mirar no es como ver. Mirar es entregar el alma al objeto que capturan los ojos. Es algo más que ver, es ver con sed”.

Y LA SUPREMA distracción es, acaso, la del muerto. Es muy repetida la anécdota de cómo Efrén Hernández se encontró en alguna oficina pública con Juan Rulfo, al que le vio facha de escritor; le pidió le mostrase sus escritos y lo instó a que no abandonara ese oficio; lo llevó, luego, a la revista *América*, en donde Rulfo publicó algunos de sus primeros relatos... No se ha establecido influencia alguna de Hernández sobre Rulfo, o relación estilística o espiritual. Mas habría que asomarse al final de “El señor de palo”, cuento de 1932 de Hernández, en donde la vida del personaje Domingo acaba como muchas otras vidas, con la muerte, pero la voz del difunto no se apaga en ese instante. “Y en este capítulo no hablo ya”, dice (y no dice) el protagonista, puesto que le está

prohibido transgredir la Constitución, inviolable de por sí, de la muerte, cuyo artículo uno, que es el fundamental, estatuye el silencio. “Y yo, dócil y dulcemente, amoroso de mi perfección, me he callado y en este capítulo no hablo ya”, insiste como difunto trasgresor. Habla para decir que ya no habla, para avisar que está muerto.

Con Miguel de Molinos aprendió el protagonista que son tres las gradaciones del silencio: silencio de palabras, silencio de pensamientos y silencio de deseos... Para ese acallamiento vital, íntegro, que sin embargo se desdice al nombrarse, hay no obstante una salida: “Venga el músico más privilegiado del mundo, el gran músico que tenga el más fino de todos los oídos del mundo, y coloque el oído en la losa de mi gaveta, y oiga”.

De hacerle caso, ese músico escucharía probablemente unos lánguidos y a la vez poderosos murmullos... Por esto podría entonces presumirse que Juan Rulfo tomó las líneas anteriores como dirigidas a él, y aceptó esa invitación de Efrén Hernández para poner el oído en las losas del panteón y reconocer así en *Pedro Páramo* (1955) los silencios de la muerte.

SI DE ALGÚN MODO puede el lector figurarse la obra de Efrén Hernández es con la imagen de un tranvía. No se llama “Deseo” y da vueltas y vueltas por una ruta imaginaria que va del Zócalo a Peralvillo y viceversa, e incluso, circunstancia absurda en un tranvía, en algunos puntos se desvía sin por ello descarrilarse y sin que la ilusión, por desgracia, viaje en él. Para prolongar ese *sentimental journey*, habría que disponer de una copia rústica de los *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* (1922), del argentino Oliverio Girondo, en donde se leería esto que Efrén Hernández suscribiría gustoso: “Yo no tengo, ni deseo tener, sangre de estatua. Yo no pretendo sufrir la humillación de los gorriones. Yo no aspiro a que me babeen la tumba de lugares comunes, ya que lo único realmente interesante es el mecanismo de sentir y de pensar. ¡Prueba de existencia!”

Y anochece, si no en la realidad sí, en una primera instancia, en el *corpus* hernandino. Como se podría considerar en una primera lectura, la obra de Efrén Hernández no es noctámbula. Le interesa situarse en la frontera de las cosas, y en cuanto a los momentos de una jornada prefiere el amanecer o el crepúsculo, esos pasajes en que lo solar y lo nocturno (la vigilia y el sueño, la razón y la fantasía) se entremezclan, se confunden.

EN 1965 EL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA intentó una primera conformación de las *Obras* de Efrén Hernández (ya con un par de reimpressiones, de 1987 y 2005), en donde se reunían tanto sus trabajos poéticos como sus narraciones. Además de un breve pero enjundioso prólogo de Alí Chumacero (quien cubrió de última hora el espacio asignado a un texto de Juan Rulfo), acompañaba a ese volumen una ficha biográfica del autor fechada en 1955 que cerraba con este balance personal: confesaba ahí Hernández ser autor de “algunos cuentos, algunos versos, una pieza de teatro, dos novelas, y un libro ya casi terminado, de ideas y definiciones”; más su crítica literaria, enlistada por Luis Mario Schneider en una amplia bibliografía anexa.

Para arribar a la obra completa había que añadir, pues, por las leyes de la lógica (y según las enseñanzas del filósofo Perogrullo), por lo menos lo señalado y no incluido, más lo que se hallare en el camino. Veamos.

“Algunos cuentos”, decía entonces Efrén Hernández, que llegaban los conocidos a la cifra de trece: en los archivos (que conservan Martín y Valentina Hernández Ponzanelli) saltó uno más, “Animalita”, con una versión completa lineal y otra, divagante, apenas bosquejada.

“Algunos versos”, con *Entre apagados muros* (1943) y otros poemas dispersos: en la edición de 1965 al parecer estaban todos, pues no se ha hallado nada suelto.

“Dos novelas”, *Cerrazón sobre Nicomaco* (1946) y *La paloma, el sótano y la torre* (1949) y un fragmento de *Abarca*; más, hasta ahora inédita, *Autos*, prácticamente definida (acaso le faltaba una última pasada en limpio), ejercicio narrativo que parece emular a un equilibrista: lo sostiene la búsqueda de sí mismo emprendida por el personaje, en una escritura que mira siempre a los abismos.

“Una pieza de teatro”, titulada *Casi sin rozar el mundo*, un fragmento de la cual se publicó en la revista *América* en 1956; a la que seguirá el libreto cinematográfico de 1957 *Dichas y desdichas de Nicocles Méndez*, escrito para el comediante Mario Moreno *Cantinflas*, y en cuya construcción posiblemente intervinieron Rosario Castellanos, Dolores Castro y Marco Antonio Millán, aunque Hernández lo registró como propio... Y un par de apuntes teatrales: “Adanijob” y “Cederano”.

Todo esto, más ese libro “de ideas y definiciones” del que aparecieron visos o avisos bajo el título genérico de *Manejo de aventuras*, reconstruido al escarbar en los papeles del escritor.

En cuanto a la prosa crítica, ésta fue recogida en 1995 por la Universidad Nacional en el volumen *Bosquejos*, en edición de María de Lourdes Franco Bagnouls, quien se limitó a rastrear lo consignado por Schneider. Se agregan aquí (en el tomo segundo, junto con el teatro y un anexo de escritos sobre su obra) veinticinco textos de presentación que Efrén Hernández leyó en los “viernes poéticos” del Palacio de Bellas Artes, caleidoscopio de la literatura mexicana a mediados del siglo xx (con una nómina interesante de autores, entre los que se cuentan a Jaime Sabines, Renato Leduc, Margarita Michelena, Manuel Ponce y Jaime Torres Bodet); y un artículo amplio con el título irónico de “Dos líneas sobre el cuento”, el cual cierra con esta cadena de sentencias:

El mundo es un fantástico gran cuento incomparablemente encantado y encantador.

Igualito a nosotros.

(No se tome a lisonja.)

Cada quien es un mundo.

Cada quien es su mundo.

Cada quien es su cuento.

Y el que no quiera oírlo será un cuento rete malo.

Será un cuento sin nada.

Será un mundo vacío.

Será un cuento sin cuento.

ALEJANDRO TOLEDO

Ficha biográfica

Nací el día primero de septiembre del ya concluido año de 1904. Procedo de tocaya. Mi madre se apellidó como mi padre, y se llamó Josefa. Mi afición a la literatura, creo yo, es heredada. Más de cuatro parientes míos, de la generación de mis padres, hicieron versos. He aquí, como ilustración, unos muy breves, debidos a Efrén Hernández el viejo:

Bien sé que el triste acento que el náufrago envía
de la distante playa do el viento lo arrojó,
destemplantará los tiernos acordes de alegría
que con sus plectros de oro te brinda la ilusión.

Y sé también que quiso sus íntimos pesares
dejar en el olvido y despertar su fe,
y enviarte el entusiasta cantar de sus cantares,
más dulce que las notas de idílico rabel.

Mas ya cuando el santuario del alma se convierte
en ruinas bajo el beso amargo del pesar,
las liras enmudecen y al soplo de la muerte
la luz de la esperanza se apaga en el altar.

Para ahora yo he llegado a una edad que él no llegó a alcanzar por haberle faltado a él, para ello, nueve años. Yo entonces tenía catorce, y quedé a afrontar la vida bajo mi cuenta y riesgo desde entonces. Así se explica que haya ido y venido tanto en tantas direcciones, sin atinar ninguna. Primero fui aprendiz de botica, después mozo del mismo juzgado en que mi padre había sido juez, y en lo que sigue, y por el orden mismo en que lo apunto: aprendiz

de zapatero, aprendiz de platero, dependiente en tienda de ropa, etc. Y mientras tanto fui pagando materias de preparatoria, aprovechando que allá en León admitían que uno estudiara en su casa a la hora que pudiera, y luego solicitara examen a título de suficiencia.

Vine a México a inscribirme en la Facultad de Derecho el año de 1925. Ahí estudié hasta 1928. Quise dejar esos estudios, por haberme parecido vacío y sin meollo de sustancia verdadera lo que ahí se aprende. De aquella experiencia aún conservo la impresión de que los espaldarazos de los títulos universitarios no son más que un fraude. Especialmente por lo que respecta a licenciados, médicos, maestros y doctores en derecho, artes, filosofía, letras, ya que el don de juicio, la inteligencia creadora, la inquietud metafísica, son dones que se traen de nacimiento, y ni los más conspicuos representantes al uso de la autoridad universitaria sabrían distinguir un verdadero agraciado, de un simple anotador de fechas de nacimientos de autores, de lomos de libros y otras bagatelas, acerca de filósofos o artistas.

En mi formación no cuento, pues, sino la preparatoria, y la escuela, a mi modo de ver, aún más importante, de la vida directa, del contacto con los hombres de carne y hueso, y con los libros buenos y el mundo.

El resultado ha sido:

Algunos cuentos, algunos versos, una pieza de teatro, dos novelas, y un libro, ya casi terminado, de ideas y de definiciones.

De los cuales se han editado, hasta ahora, los siguientes:

Tachas, cuento. Publicado por la Secretaría de Educación Pública el año de 1928.

El señor de palo, cuentos. Editorial Acento, 1932.

Cuentos. Edición de la Universidad, 1941. (Aquí se incluyen los cuentos antes mencionados y otros cuatro.)

Entre apagados muros, versos. Edición de la Universidad, 1943.

La paloma, el sótano y la torre, novela, 1949.

Cerrazón sobre Nicomaco, ¿cuento largo; novela corta? Edición del autor, 1946.

Y varios, incluyendo crítica, en diarios, libros hechos en colaboración, como *Ocho poetas mexicanos*, y revistas.

EFRÉN HERNÁNDEZ
1955

POESÍA

Entre apagados muros

(1943)

Mide mi corazón la noche.

LIBRO DE JOB

¿No habéis podido velar conmigo una hora?

EVANGELIOS

Sancho, ¿duermes?

CERVANTES

PRIMER OFRECIMIENTO

*Se hace al amante que ha conocido
el fin de sus trabajos.*

Al que haya sido herido, al lastimado
de la incisión de amor, al que haya sido
por el divino dardo señalado.

Nunca a ninguno más, sólo al tocado,
abierto ya del alma, ya ablandado,
fácil de corazón, únicamente
a aquel que ya haya sido
camino caminado.

Que no padezca el mal, la paz pasiva
de la virginidad, ni la dureza,
la cerrazón impía,
la ceguedad mortal del inviolado.

Que ya no sea extraño, que consienta,
que no se escandalice,
que ha estado en mi lugar, que es mi prójimo,

que con señal de amor como la mía
sido haya señalado,
que pueda, al sobre sí ir comidiendo
sus marcas y las marcas
de que es coro mi voz, reconocerme.

Pues “ciertamente tiene
el oro sus veneros
y la plata un lugar donde se forma”,
así también del alma, este precioso,
inapreciable toque,
tenido ha sus principios,
sus tiempos de empezar,
y originariamente era pobre,
y cual la mata oscura, originaria
del matorral, lamía
la miserable exmesa de las ruinas.

Y así también, en tiempo, iba a tientas,
torcida era y sin rosas, era cardo,
vara amarilla y dura,
zig-zag de sequedad, vena de espinas,
ansia que, de dolencia
en dolencia, vagó en pos su sustento,
y cual sin aliciente,
sin fin, fruto ni causa, inútilmente
sus espinas hacía;
mas tropezó una fuente, se hizo verde,
prendieron sus trabajos, y ahora es cardo
de rosas cada punta floreciente.

Nadie entendió el camino;
pero hay quien vio el lugar,
quien empezó a sentir, confusamente,
desde sus pies sin luz, que sus pisadas
de sombra y extravío,

ganar iban logrando pisos dulces,
pisos consoladores, ciertamente
propios para sus pies.

Quien se sintió tomado,
quien, como si el camino lo auxiliara
tomándolo en sus brazos,
se sintió asegurado,
conducido y feliz, como una barca
sobre un sereno río.

Y quien, dejando todo, quien, dejándose
llevar de las corrientes,
se trasladó al temblor, movió las lindes,
entró a las hondonadas
donde florece el pasto substancioso
del bien, y alto y airoso,
el árbol de la paz,
de un soto al cielo sube, hiende el aire
y el alma toda inunda en hierbas lentas,
seguros frutos ciertos, hojas dulces
y azucaradas rosas.

Quien, tras perdidas cruces de estaciones
y caminos extraños, tras inciertos
virajes de rodeo e incertidumbre,
y por calladas vueltas, la esperada,
mas ay, tan escondida,
tan escondida y tenue
cortina, por la noche, tropezando,
holló el despeñadero, y el abismo
violó, que es manantial de la alborada,
vio la callada luz, el movimiento
que, de la muerte, mira
hacia la vida eterna, fue encendido
y oyó el silencio ardiente.

SEGUNDO OFRECIMIENTO

*Se hace al amante que ha caído
en desgracia*

Tú, el que el sublime objeto
conseguiste encontrar,
conjuntamente a tiempo en que la llama
sublime, a tu ser daba
capacidad de ver.

Tú, el que acertaste a hallar,
el que supiste ver.
Sin voz, sobrecogido, traspasado,
te viste en otro tiempo, y ahora suelto,
vacante, a la deriva,
viudo, vienes hablando, dando cuenta,
monologando siempre, y no descansas
tu soliloquio urdiendo.

He aquí, yo sé quién eres,
mejor que a mis tristezas te conozco;
tú eres igual a mí, ven, hablaremos.

A ti vengo buscándote.
De noche, cuando hablo
a solas, como un tonto, a ti te hablo.

De día, cuando callo
en medio de la charla, como un tonto,
a ti te echo de menos.
He aquí, yo sé quién eres,
mejor que a mis tristezas te conozco;
tú eres igual a mí, ven, hablaremos.

A ti vengo buscándote,
únicamente a ti, sólo al devuelto,
que fuiste admitido,
y ahora eres desterrado.

A ti, el que del fiel suelo, el suelo fijo
y de seguridad y de firmeza,
saliste, y ahora clamas;
un suelo te improvisas sustituto,
y el piso en que hoy se paran
tus pies, sólo es palabras...
al que sentiste amor,
amor, y no quedaste
para siempre sin voz,
a ti te ando buscando.

A ti, el que sin moverte, fallecías,
arrebatao allá a donde el espectro,
por existir real,
con existencia y límite sin límites,
esencia y vida era, y existencia,
y no suceso sin verdad, de estos
que fueron y no son, cuando no fueron
nada más ilusión,
sensación nada más de no haber sido.

A ti, el que desasido,
sobrepasaste el vértigo, el desmayo,
flotaste allende el número, el lenguaje,
la hora, la distancia,
y al compás recaíste del aliento,
al gotear constante
y al péndulo del pulso.

A ti, el que retornaste a la existencia
de cielo sí tangible, sí, tangible;

mas de luceros vanos, fugitivos,
que a la vista se escapan de los ojos,
así como se escapa la moneda
que entre sueños tuvimos en las manos.

A ti, porque saliste
del recinto sin cinto,
del corazón sin centro,
del centro sin orillas.

Y a la luz caminante de los días,
tus ojos reincidiendo,
clamas lo que perdiste,
buscas y nada hallas,
si algo vuelves a ver, no lo conoces,
y acordado de ti,
sólo ves el vacío,
la muerte en el lugar ya inanimado
de la vida viviente que olvidaste.

A ti, porque sin ancla ni asidero,
ya eres de nuevo aguja,
y ves, con inquietud, tu leve sombra,
sin remedio rodar, del meridiano,
sobre los cruentos números.

A ti, porque impedido, sin consuelo,
te doblas de impotencia,
y sientes, como un pez entre las horas,
que se te va tu río.

Y cada atardecer te es solamente,
solamente un viajero muy amado,
que se pierde a lo lejos,
irrecobramente.

A ti, el que preguntas,
requieres y demandas
a tu voz de sonido,
la armonía que escuchaste, del silencio
que todo lo aclaraba enmudeciendo
—el cual, aunque al oído,
como la sombra al ojo, se escondía,
su especie no era sombra,
ni su nombre era muerte,
sino sonoridad ensimismada...—

... He aquí, yo sé quién eres,
mejor que a mis tristezas te conozco,
tú eres igual a mí,
tú sí me escucharás, ven, hablaremos.

A BEATRIZ

Ésta es la hora amante y amarguísima,
en que mi vida se alza entre la noche
y vaga en una torre imaginaria.

Ésta es la hora tuya, la hora mía,
la arcaica y tenue hora en que los labios
rudimentarios con que reza el mundo
en embrión que germina atrás del aire,
palpándome con vahos oscilantes,
me traen noticias tuyas, que no sabes,
no adviertes que recibo y que las mandas.
Me impregnará de paz la tarde última;
pero será el color divino y lento
de tus rendidos ojos, la resina
que llorarán mis árboles, la tarde
en que, como un ocaso sin camino,

tramonte la esperanza y nuestras lámparas
se nos vayan durmiendo.

No es suficiente amarte noche y día;
amarte es, ciertamente, el horizonte,
lo alto y lo profundo,
la intimidad recóndita y la sombra;
pero el pasado es fuente y, aun ausente,
su palpitada esencia me conmueve,
me turba como un germen, como un rastro,
como una cruel raíz retrocedida
que no llegó a soñar su sueño inmenso,
y nos la dio a nosotros.

No mires tú al dolor; ésta es la hora
desnuda, sin cortejo, seca y sola,
que no distraen las flores,
que no turban los pájaros o encantan
con sus neblinas lentas los crepúsculos...
y es preciso velar; pero tú, duerme.

Mi vida mira a ti, como una torre
con la ventana tensa, y en su oscuro
antro de soledades en silencio
pasa, como fantasmas, en angélico
proceso, el pormenor de tus acciones.

Todo es cerrado muro, alcobas solas;
mi intimidad es puertas clausuradas.

Tarde en la alta noche,
tarde has cerrado al cielo tu recámara.

Nos separaron calles solitarias,
un puente en la barranca
y una ascendente ruta entre laureles.

Nos separaron puertas, puentes,
paredes, altozanos y caminos;
pero nos funde el óleo
sacramental que obra en nuestros huesos.

Oh devoción recíproca,
función ultraterrena que sublima
los jugos de la carne, y torna templo
de comunión, la médula profunda.

Son como hojas de plantas trepadoras
las manos que me palpan,
los humos que me dan noticias tuyas.

Subiendo la escalera grada a grada,
vino que ya cerraste tu recámara.

Entróse por las puertas el vestido
que se quebró la espalda y que las mangas
colgó, como los brazos boquiabiertos
de un manto, en el respaldo de la silla.

Y tus zapatos vagos que sonaron
el tacón, al caer en la madera,
huérfanos de tus pies hasta mañana,
caídos a una alfombra que volaba,
también los vi flotar entre los muebles.

Y la sonrisa vi que me mandaste,
pensando en que te quiero.

Y en tus pestañas altas como juncos,
hermanas de los mimbres,
rubias como las jarcias,
vi que se abrió un instante mi recuerdo,
y que en la rama al aire, en que se orea

y se columpia y canta tu resuello,
lo sostuviste en flor, como meciéndolo.

Al fin, la imagen va desvaneciéndose,
cae al caer sin fondo de tu sueño;
menos y menos es, menos y menos,
hasta parar en nada,
hasta dejarme a oscuras, suelto y solo,
huérfano y en olvido hasta mañana.

Ésta es la hora amante y amarguísima:
del ancho y ciego suelo
se alza un afán callado y lentas frondas
cruzan con larga sed, palpando a oscuras,
y el naufragio inmenso
y la zozobra eterna,
y el impreciso anhelo inextinguible,
un tanto, desde el hondo
claustro de su inconciencia, se presienten,
y una esperanza oscura de quién sabe
cuál embrionario ensueño, halla refugio
en el piadoso faro
de la conciencia errante del poeta.

Y ésta es la hora amante y amarguísima,
desnuda y sin cortejo, seca y sola,
en que la vida se alza entre la noche
y vaga en una torre imaginaria.

IMAGEN DE MARÍA

Tus dulces ojos falsos,
fijos, brillantes, secos, de artificio
perfecto, necesarios

al hombre, que no saben
mirarse ni mirarnos
y parecen seguirme.

Tu frente como parte
de un horizonte místico a la lumbre
de un Angelus doliente;
tu frente, por nosotros, abismada
en tristes pensamientos;
tu frente, a mis paisajes de quebranto,
llorosos, solamente
con silencioso esmalte aproximada;
tu frente sin paisajes,
que parece soñarme.

Tu boca adelgazada
de sonreír, piadosa,
al triste, sin descanso.

La tierna torre y cándida
serpiente inmaculada de tu cuello;
tu cuello, esbelto prisma de infinitas
facetas, haz de prismas
de sales escogidas;
desnudo tronco tierno,
descortezado tronco, columnita
de naranjo oloroso
recién descortezado;
tu cuello que en el medio
del hondo abatimiento
de este suelo de naufragos, erecto,
recuerda a los caídos lo que surge;
tu cuello, adamantino
pilar de luz, que el cielo
conecta con la tierra oscurecida.

Tus hombros coronados
de ángeles etéreos, invisibles,
dispuestos en guirnalda,
como constelaciones enlazadas
y volubles de frágiles aromas.

Tus cabellos que bajan como salto
de aguas, al abismo
del corazón sediento.

Los deseados lazos,
la hamaca entre las palmas,
la cuna de tus brazos;
tus brazos, que parecen
mecer, en sólo un niño,
todo el cansancio humano entre sus lazos.

Tus manos fundadoras de serenos
caminos de esperanza
y acequias de consuelo.

Tu seno que se ofrece a la tormenta,
como párvula loma;
tu seno que, oleando
de lirios y azucenas,
se ofrece en desagravio y desaira
con dardos de dulzura a la tormenta.

Tu vientre, urna de esencia, flor dormida,
frente humilde y callada, laboriosa,
que parece soñar
en mí, y en mí soñando, concebirme.

Tus pies, manzanas tibias, mansas rosas,
par de palomas ágiles, aladas,
que duermen entre aromas,

descansando un momento, descansando
con las alas dobladas tiernamente;
tus pies, manzanas tibias, dulces rosas
de olor, por quien quitara
mi pan, yo, de mi boca, de su hocico,
la sierpe, la manzana,
y de sus belfos ácidos,
Pan, la fragante flauta.

Y tu silueta airosa que remeda
la ola edificada,
el tallo que se inclina
y el humo que se eleva.
Tu forma que no pesa
más, sobre el corazón,
que los pies de la luna, o que el consuelo
que sucede a la lágrima vertida.

Tu cuerpo que no añade peso al mundo.

Tú, la que eres casi, aunque no eres
otro que una forma
de grito, un hondo grito
de las entrañas huérfanas del hombre;
no pido que me mires
—ya sé que tú no miras—,
no pido que me oigas
—ya sé que tú no oyes—, enloquécame,
hazme creer el encanto, solamente
hazme creer el encanto de que existes,
ciega mi entendimiento;
la luz, la necesito
más en el corazón.

DESDE ESTE ALREDEDOR DE SOLEDADES...

Desde este alrededor de soledades
que a mi espíritu envuelve,
desde la cruenta fecha en que partiste,
desde que estás ausente;
a través de los años suspendidos,
como cortinas tenues,
sobre la senda leve que tu paso
marcó, humillando el césped,
le pido a tu recuerdo una caricia
que nunca me concede,
le pido a tu recuerdo una caricia,
ya de manos de nieve,
cada vez que la tarde, como un sueño,
tras de dormirse, muere.

Los arbustos que lindan el sendero,
tirado han ya sus hojas
diez veces, desde entonces, y diez veces
se han vestido con otras,
y las hojas caídas se regaron,
esparciéndose todas,
como banderas de palomas tristes,
diminutas y cojas,
avanzando a saltitos desiguales,
como con alas rotas.

Ya la dulce promesa que te hacía,
de no olvidarte nunca,
va siendo sólo un eco de mi espíritu;
como una lenta lluvia
de silencio, va cayendo el olvido,
una noche sin luna
va cerrando los párpados al alma
que fue del todo tuya;

sin embargo, camino por la casa,
buscando en la penumbra
el recuerdo de algo que se ha ido,
que no volverá nunca.

Hay un largo ciprés tras la ventana;
símbolo de mi suerte,
se ve desamparado, solo y triste;
pero el viento silvestre,
con una suave y lánguida caricia,
lo toca algunas veces.

Más solo que el ciprés tras la ventana,
más hondo que la muerte,
más baldío que el gris cielo vacío,
mi espíritu se siente,
y mi voz, como brasa entre cenizas,
parvamente se enciende,
pidiendo a tu recuerdo una caricia,
que nunca me concede,
cada vez que la tarde, como un sueño,
tras de dormirse, muere.

AY DEL QUE MURMURANDO...

Ay del que murmurando
palabras de rumor, o rastreando
rumor de pensamientos,
pretendes recobrar lo que obtuviste
con la noche callando.

Callando con la noche,
huyendo hasta el rumor de aquel delgado
torrente —oh selva oscura—

cuyo rodar no cesa,
insiste largamente
y te persigue y turba hasta en las últimas
guaridas que te da tu soledad.

Mal con palabras puedes
—piezas de agitación—,
ni con movable guía de inconstantes
y locos pensamientos, conducirte
al frágil, fino alcázar
que edificar no saben sino sólo
las laboriosas manos del silencio.

Los árboles, el monte, los collares
que en derredor lo ciñen, y el alcázar,
que la quietud, lograda
callando, pieza a pieza colocara,
los muros sobre muros,
y torres sobre torres,
que encimó y encimó, de temblamientos
y vidriecitos largos,
con sólo una palabra, o sólo una
moción de pensamiento, se deshacen,
así como la copia de las cosas
en las aguas en donde cae una piedra.

Con sólo una palabra o sólo una
moción de pensamiento,
disuelta en mil fragmentos
y trozos hermosísimos, la hechura
ya deshecha aparece,
y la pedacería
huye y semeja turba en desbandada
de peces que se agitan y entrecruzan
lentos de turbación.

Antes de hoy, es cierto,
palabras que no son a semejanza
de la arrojada piedra, se dijeron,
que sin turbar ni el filo
de una tela de araña, se allegaron,
sumáronse a la gracia, se empaparon
en el divino espejo;
pero eran de otra suerte,
surcaron otros aires,
cayeron de otro mundo.

“De lo que el corazón
abunda, habla la boca...”
...mas ¿de lo que le falta,
eso de que carece,
de lo que está vacío y tiene hambre
no es también, por ventura,
de donde toman vena y se abastecen
su canto y su clamor?

Ay del que murmando
palabras de rumor, o rastreando
rumor de pensamientos,
pretendes recobrar lo que obtuviste
con la noche callando.

Porque es signo sin duda
de que se ha perdido
dentro de sí tu ser, y manifiesto
documento de sed y de insolvencia.

YO SOY AQUEL QUE RIENDO...

Yo soy aquel que riendo y sin espinas,
sin pensamiento casi,
con el semblante al alba, conociste.

Yo soy aquel que, riendo, iluminaba
con luz rosada el aire.

Aquel que, si miraba, su mirada
de un interior fanal nutrir sentía;
aquel que era, en uno, un todo junto
consagrado a tu ser;
aquel que hacia ti sola, en una única
y hermanable tendencia,
no en mil, como un desastre, se partía.

Mas del atado haz, gavilla junta,
plural, perfecta, armónica,
aguda y viva vida emocionada
que iluminó mi rostro,
ya casi sólo soy el gesto solo,
solitario,
la distraída máscara caída,
fuera de foco, huyendo tras la cara.

De mi expresión abierta
y apiñada, como una extensa piña
de nuevas y anchas rosas,
los elementos íntimos, lo vivo,
la sal, el sol, las aguas
y el soplo de la gracia desertaron.

Y ya el concreto anhelo,
el estandarte cierto,
el rico imán que enérgico y seguro

me demandaba a un punto y me guiaba
a una evidente estrella,
se desterraron todos; despobláronme.

Como un ferviente pino, su rocío,
sorbí la ardiente torre sus reflejos,
cerró el muro hacia el Norte sus ventanas,
creció polvo en redondo, y en mi espejo,
falto de luz y azogue, el santo sello,
mi titular, mi fiel, mi tierna copia,
tu imagen se secó con ardentía.

Vuelvo hacia mí mis ojos, y los vuelvo
contra mi superficie, y los arrojo
también ojos adentro...
...mas ya no soy el mismo, no, ni saben
hallar ya en mí mis ojos,
lo que encontraban antes.

Solamente en la arena un rastro hundiéndose,
translumbre de un fantasma,
fantasma de un ensueño,
mi risa, es ya un palacio, cuyos prismas
evaporó un suspiro.

Y adentro, muy adentro,
flota ya sin vapor y hecha ya sombra,
ya anohecida casa,
revuelo de menguantes herrumbrosos,
pájaro de hojarasca antiguísimas,
adentro, muy adentro, huyendo a ciegas,
ciega, en la más profunda de mis máscaras.

HACE TIEMPO, AUN DE LÁGRIMAS...

Hace tiempo, aun de lágrimas,
el más pobre rocío
a que puede aspirar en sus extremos
de sequedad, el alma,
hace tiempo, aun de lágrimas, sediento
e insolvente estoy,
y paulatinamente,
como un occiduo huerto,
desconsoladamente voy secándome.

Con una asfixia sórdida,
inánime de espanto e incongruencia,
me siento enrarecido, dislocado,
incómodo y sin paz.

Ahogándose, mis jugos,
ahogándose y ahogándome,
rezuman y se apartan de mis huesos.

Aferradas al cuenco descarnado
de un infinito osario de luceros,
implorantes, resacas, ardorosas,
de una ardida hierba,
raíces son mis manos suplicantes,
y al absorber del yerto
dombo de nebulosas calcinadas,
solamente salitre,
yeso, cal y ceniza
consiguen englutir con sus porosas
y ávidas gargantas capilares.

Y mis exhaustos ojos,
ya del ferviente velo
de la mística luz desposeídos,

desvanecerse vieron el sentido
de todos los humanos estandartes,
y la miseria inmensa
a que viene el mayor de los tesoros,
cuando lo ven los ojos
—no importa si antes ricos— ya de pobres.

Raíces con fracaso de raíz,
como tal, son mis manos...
...van a acabar zafándose del cielo...

Tristes, una con otra,
acabarán juntándose.

Como dos desdichados semejantes,
tristes, una con otra,
para tocar y acariciar sus llagas,
van a acabar juntándose.

Y mis exhaustos ojos,
sublimados espejos de mis manos,
cristales de mis plantas,
fidelísimos vidrios de mi vientre,
en íntima derrota, se olvidaron
del herrumbroso reino de los cielos.

Todo el tiempo mirándose a sí mismos,
autoscópicos seres son mis ojos;
todo el tiempo buscándose a sí mismos,
van a seguir rodando largamente,
cinemáticamente,
recorriendo sin sueldo, noche y día,
el esférico andén desconstelado
de sus estereoscópicas recámaras.

HACE TIEMPO, MI PECHO...

Hace tiempo, mi pecho,
al fin de apenas polvo, muebles aguas
e insostenibles céfiros,
mudado y como día anocheciendo,
se cierra y torna triste.

Y a la miseria mía,
que es causa sólo mía,
la gracia que era tuya, sólo tuya,
que tú contribuiste, mi alegría,
mi luz, cediendo va, que tú me diste.

Mirándolo, mis ojos
—si no es por reflejarme— se oscurecen,
manifiestan un fondo,
un hondo en que aletea el vidrio errante,
la transparencia que extravió sus vidrios,
los reflejos
a los que las mudanzas de las horas
dejaron, en el aire
de un corazón menguante, sin espejo.

Llegando, mis suspiros,
son la que agua acude al abrasado
y sed llega al desierto,
y la que luz pedida, a los abismos
del entenebrecido,
noche llega y ceguera;
la soledad del ángel solitario
que, por llenar el cielo, se enrarece
y sin lograrlo, al fin, aun su presencia
de sí misma se aparta y desvanece;
y son la primavera
que inútilmente pugna sobre un jardín vencido

sobre un jardín, a pausas, desplazado
por las oscuras yerbas
que abajo de nuestra alma, sigilosas,
a secretos batallan en la noche.

Mientras más de equilibrio
sed en el alma tengo, y de concierto,
tanto más por mi seno cunden ondas
de oscilación, querella y desconcierto.

Contrariadas, infieles, desiguales,
en ramas asimétricas,
varejones tortuosos y anudados,
como árboles de sierpes, como selvas
de serpeantes humos,
así son en mi seno los vapores
de mis humores ciegos,
y sin Norte, descanso, ni figura,
así también las ansias, los desvelos,
son en mi corazón;
y así pueblan mi mente, como anélidos
encajes humeantes
los movimientos de mi pensamiento.

Oh, cuán mermadas flores, cuán mermadas
y breves, las que pueden esperarse
de estas enemistadas
florestas en proceso disyuntivo
de desintegración;
oh, cuán mermadas flores...

Ya el guardia nada aguarda;
cuando la fe consigue una azucena,
un azahar tardío,
un rezagado lirio
de una palma en sus frutos retrasada,

prestamente con dudas se circunda,
de cardos se atraviesa,
se enlaza con abrojos, y en sus sienas
corónase de espinas.

UNA ESPINA DE MUERTE...

Una espina de muerte y de gemido
suele hincarse en la voz, clamor le urgiendo;
el pensamiento vaga dolorido,
a intervalos dudando y creyendo,
y de la alta noche,
al corazón caído,
las más pesadas horas van cayendo.

Miseros y desnudos nos hallamos,
toca nuestra miseria los extremos,
nuestros bienes son sueños que soñamos,
ilusiones que hacemos,
y aun esto, que es tan pobre, lo perdemos.

Duerme el dolor del mundo, y en la breve
desconocida fosa,
bajo el sopor profundo,
el batallar sin fondo, aunque aparenta
cesar, su duelo sigue;
no se ve; mas se mueve,
ciega; mas no reposa.

Oh, mañanita clara,
qué honda, qué lejana, qué perdida
parece, desde aquí, tu luz naciente;
como un país lejano,
como una dulce historia preterida

y recordada en vano,
ida, y con más seguro
sello que doble mar, monte eminente
o inabordable muro,
estás, con llanto y noche, dividida
del alma sin oriente.

Y en sombras nuestro lecho,
al tacto del costado es un abismo;
pero es, más hondo, el pecho,
errante, ciego abismo
perdido en el vacío de sí mismo.

Redonda en derredor, incalculable
cavidad infinita, vaciada
de luz, en donde inútiles
del todo, en el vacío,
subsisten sin objeto los sentidos.

Indigna lucecilla,
corazón del complejo iluminario
del mundo de los sueños,
lo mismo que esta otra, en verde vaso,
oferta al crucifijo,
colocada a sus pies, aquí en la estancia,
se hundió en su ojera azul,
se hundió cerrando
toda sensible cosa, toda cosa,
la luz del pensamiento.

No queda sino el antro,
la cavidad vacía.

La imagen de la rosa, o el heno, frescos
ayer, y sólo ahora sin colores,
el viaje inconvertible de los ríos,

el ir de los vapores,
los humos, los rocíos,
el torno que deslucе, mata el día,
y cambia, de agilísimos,
los discos de la luz, en silenciosa
mortaja sin mecánica,
ni fuerza, todo aquello
que de quimeras habla
y dice: vanidad y vanidades,
aquí se encuentra expuesto, aquí es la caja
de todo lo que al filo
errante, del espejo
de engaños del presente se desgaja.

Parado está e inmóvil, erigido
como en perpetuo estar ya inconvencible,
todo lo que es fugaz, y muy patente,
y hasta el palpar dejarse, manifiesto
todo lo que no es... silencio, sombra...
Y por contraste, acaso,
o proyección letal, la esencia fija,
ay, lo que cierto es, se oculta y huye;
y el soplo encandesciente, el que a la corta,
nimia forma de polvo, a la demente
partícula apagada
encendiera los ojos, ahora envuelto,
cogido en vil corteza, entorpecido,
en el mezquino seno
de la viruta infiel, precisamente,
que vino a iluminar, anda perdido.

¿Qué busca esta porción, o en qué sueña
esta fracción cortada, este fragmento
por todas partes roto?